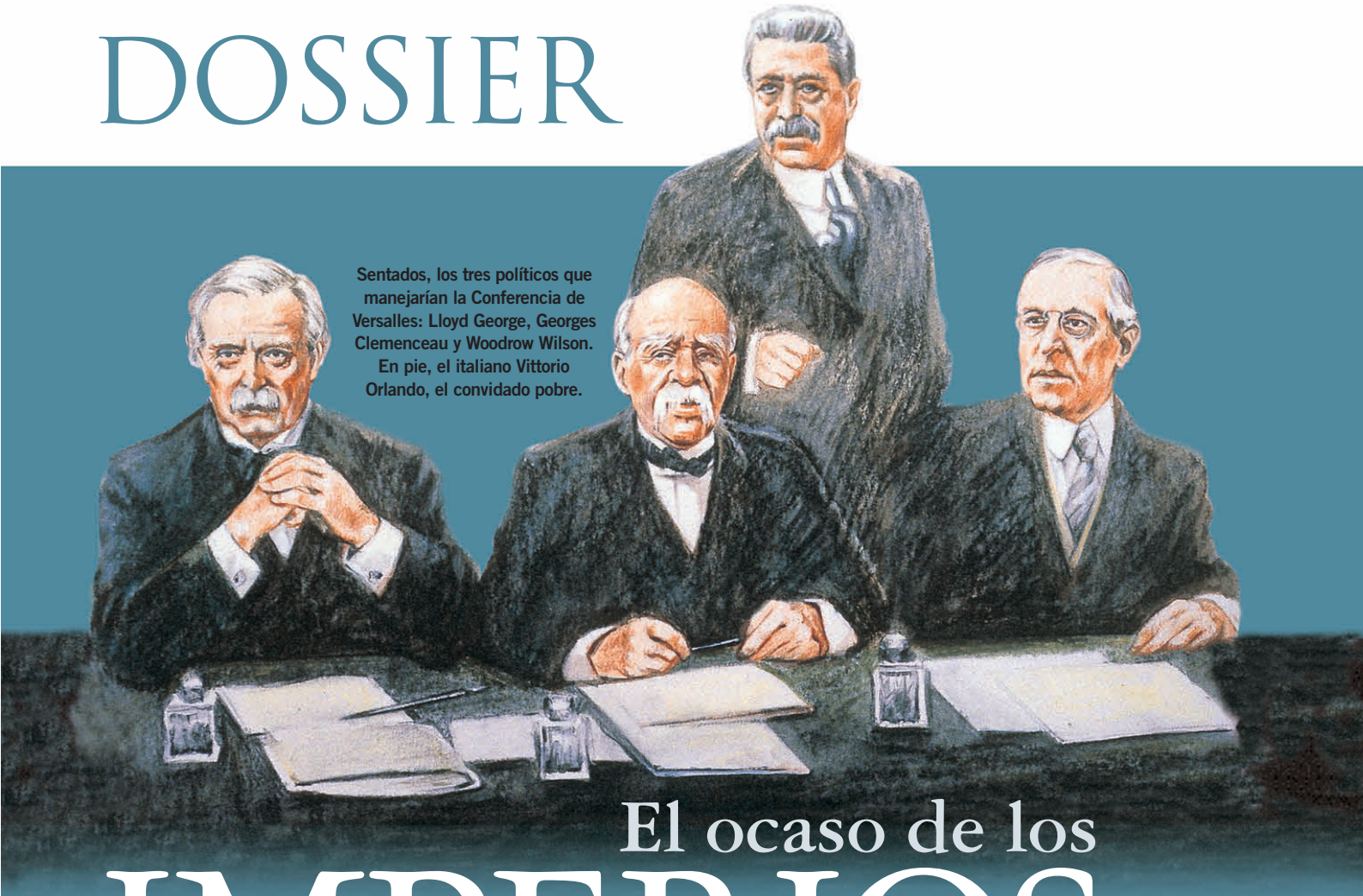
DOSSIER



Sentados, los tres políticos que manejarían la Conferencia de Versalles: Lloyd George, Georges Clemenceau y Woodrow Wilson. En pie, el italiano Vittorio Orlando, el convidado pobre.

El ocaso de los
IMPERIOS

Hace 85 años, capitulaba el Imperio Alemán, cerrando la Gran Guerra, el conflicto más terrible sufrido hasta entonces por la Humanidad. La Conferencia de Paz de Versalles constituyó un monumento a la venganza de los vencedores. Los enormes cambios políticos y territoriales estuvieron acompañados por grandes transformaciones en las relaciones internacionales, en la economía y en la sociedad. Como consecuencia surgió un mundo distinto, alumbrando el siglo XX.

La capitulación
David Solar
pág. 44

Las dificultades de la paz
Rosario de la Torre
pág. 52

La caída de las águilas
Julio Gil Pecharromán
pág. 58

Los Tres Grandes llegan al Palacio de Versalles para iniciar la Conferencia de la Paz, que cerraría la Gran Guerra. De izquierda a derecha,Lloyd George, Georges Clemenceau y Woodrow Wilson.

Alemania, sola, acorralada y agotada

LA CAPITULACIÓN

Fracasadas sus últimas ofensivas, desbordado por los nuevos ejércitos aliados, el Káiser dimite y se exilia. **David Solar** explica el final de la guerra y las claves de Versalles: el revanchismo y la codicia colonial franco-británicas desbordaron el altruismo y la impericia de Wilson

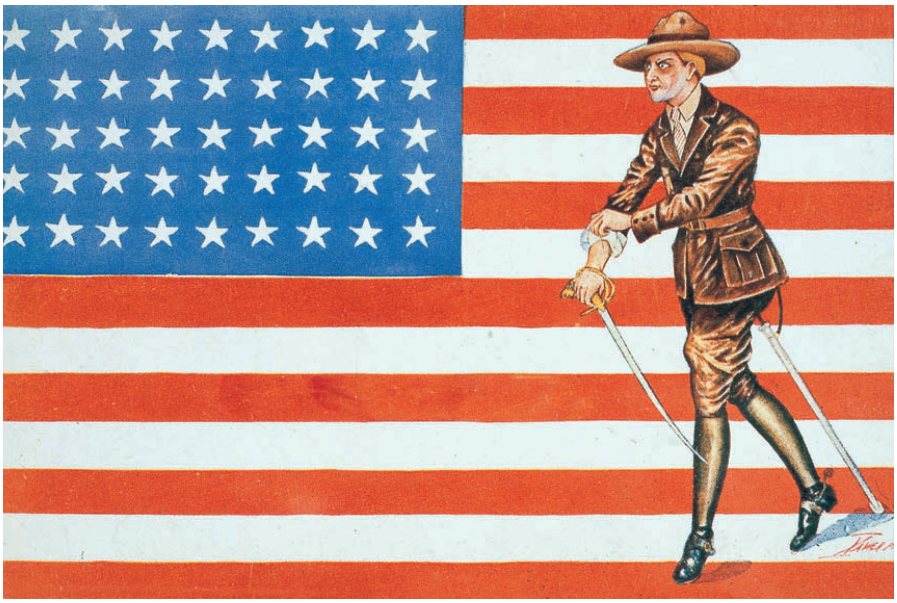
Bajo el peso de la superioridad numérica de hombres y cañones, los ejércitos del Káiser cedieron y se quebraron y tras ellos, la población civil, desde hacía tiempo agobiada por el bloqueo inglés, se derrumbó en turbulentas convulsiones. Ocurría que el mundo entero se estaba lanzando sobre ellos en corrientes irresistibles. Les asaltaban millones de hombres, veintenas de millares de cañones, miles de tanques, más la heróica resistencia de Francia y la inagotable fuerza de voluntad británica. Y detrás, las inconmensurables energías de Estados Unidos. "¡Era demasiado!" Así vio Winston Churchill –a la sazón, ministro de Municiones del Reino Unido– el ocaso alemán en la Gran Guerra.

En el otro lado de las trincheras, el káiser Guillermo II y el máximo responsable militar del Imperio, el mariscal Paul Hindenburg, sostenían una dramática entrevista: "Estuve el lado de mi supremo señor de la guerra durante aquellas fatales horas. Me confió la misión de reintegrar el ejército a la patria. Cuando dejé al emperador en la tarde del 9 de noviembre, sería para no volver a verlo más. Se fue para ahorrar a Alemania nuevos sacrificios y para obtener las condiciones de paz más favorables".

Paz sin victoria

¿Qué le había ocurrido a Alemania para llegar a esa situación, cuando sólo cuatro meses antes, a mediados de julio de 1918, amenazaba París? Como resumía Churchill, había varios factores: agotamiento militar y hundimiento de la retaguardia; resistencia de franceses y británicos e intervención de los norteamericanos. Esto último fue determinante.

Estados Unidos había permanecido neutral ante el conflicto europeo hasta la primavera de 1917, pese a las presiones internas de los *lobbies* nacionalistas de cada bando implicado en la contienda, que trataban de inclinar la voluntad de Washington hacia su causa, aunque el capital norteamericano y sus exportaciones –preferentemente en favor de Londres, París y Roma– alimentaban la lucha. Esa posición era cada día más difícil, tanto por las presiones internas como por el castigo que los submarinos alemanes estaban infligiendo a la navegación, que para entonces, aparte de hundir centenares de mercantes destinados a países enemigos, ya había mandado al fondo del océano tres trasatlánticos de pasajeros, *Lusitania*, *Sussex* y *Arabic*, en los que habían perecido numerosos súbditos norteamericanos.



Los Estados Unidos se implican en la Primera Guerra Mundial (postal de la época). La participación norteamericana, aunque tardía, fue decisiva para la victoria aliada.

Esa era la situación cuando, el 22 de enero de 1917, el presidente, Woodrow Wilson, decidió salir a la palestra para hacer un llamamiento a la paz y exponer sus ideas sobre las bases en las que debería sustentarse: "Una victoria significaría la paz a la fuerza para el derrotado. La aceptaría humillándose y le dejaría un resentimiento y una amargura sobre los cuales no podría apoyarse confiadamente la paz. Sólo puede ser duradera una paz entre iguales".

A aquel conmovedor discurso pronunciado ante el Senado, titulado *Paz sin victoria*, respondió Alemania con su disposición a replegarse hasta sus fronteras y a devolver a Francia la Alsacia ocupada. Pero, a cambio, pretendía hacerse con sendas porciones territoriales de Polonia y Rusia, exigía la devolución de sus colonias y demandaba concesiones coloniales directamente proporcionales a su población, compensaciones económicas a personas y entidades damnificadas por la guerra, libertad de comercio, etcétera.

Mientras Washington trataba de suavizar las demandas de Berlín y de que París y Londres aceptaran una parte de ellas, el Reich decidió lanzarse a una guerra submarina sin restricciones (1-2-1917), suponiendo que podría lograr el estrangulamiento del tráfico naval británico y, con ello, la victoria. Tres buques norteamericanos fueron hundidos en las semanas siguientes, al tiempo que el servicio secreto británico interceptaba y descifraba el *Telegrama Zimmermann*, que invitaba a México a aliarse con los Imperios Centrales y declarar la guerra a Estados Unidos, si éstos intervenían en el conflicto, prometiendo la recuperación los territorios que le habían arrebatado los norteamericanos medio siglo antes. Los ataques contra su flota comercial provocaron movimientos populares que exigían la revancha y el *Telegrama Zimmermann* –que años después se demostraría falso, preparado por el espionaje británico– desató una auténtica tempestad política. Wilson, que había predicado la "Paz sin victoria", rompió sus relaciones con Alemania en febrero de 1917 y la declaró la guerra el 2 de abril.

Compensaciones

La entrada de Estados Unidos en la contienda tuvo efectos inmediatos. Los suministros a sus aliados de alimentos, municiones, pertrechos y dinero aumentaron espectacularmente; en el mar, su notable flota se hizo sentir, amortiguado los efectos de la guerra submarina. En un sólo semestre, los sumergibles alemanes hundieron cerca de cua-

David Solar es periodista.

Papel que Guillermo II trataba de tener dentro de Europa, según una visión caricaturesca francesa de anteguerra.

tro millones de toneladas de barcos aliados, superando sus mejores espectativas, pero a costa de sacrificar un tercio de sus efectivos. Estados Unidos suplió la pérdidas aportando al esfuerzo militar tres millones de toneladas de mercantes –incluyendo 800.000 toneladas de barcos alemanes incautados en sus puertos y en los de otros beligerantes americanos– y 700 buques dedicados a la escolta y lucha antisubmarina. Por otro lado, el sistema de navegación en convoyes, fuertemente escoltados por destructores, carazatorpederos e hidroaviones y el empleo de cargas de profundidad y de minas antisubmarino, hizo batirse progresivamente en retirada a los tiburones del Reich.

La entrada en guerra fue entusiásticamente recibida por la mayoría de los norteamericanos y fue inmensa la popularidad que cosechó el presidente. Con todo, Woodrow Wilson mantuvo durante todo el conflicto una postura moral reflejada en sus *Catorce Puntos para la Paz*, propuestos el 8 de enero de 1918. En ellos se buscaba una paz sin revancha: libertad de navegación y de comercio; desarme, evacuación de todas las regiones ocupadas durante la guerra; restitución a Francia de Alsacia y Lorena; devolución otomana de todos los territorios que no fuesen turcos; creación de una sociedad de naciones que resolviera los conflictos del futuro...

En los campos de batalla europeos no se advirtió, por lo demás, la entrada en guerra de los norteamericanos. Estados Unidos no había preparado un ejército que pudiera competir con los de los Imperios Centrales, por lo que tuvo que ponerse a improvisarlo con toda urgencia. En un año, fueron reclutados y adiestrados cerca de cinco millones de hombres, de los cuales, a partir de la primavera de 1918, llegaron a entrar en combate 1.760.000. La buena marcha de la guerra antisubmarina, la abundancia de víveres y pertrechos y la esperanza en la llegada de los norteamericanos sostuvieron a los aliados en los dificilísimos meses iniciales de 1918.

Por su parte, los Imperios Centrales tenían dificultades internas, fundamen-

Cronología

1912. Woodrow Wilson, presidente de EE UU.
1914. 4 de agosto, los alemanes invaden Bélgica. Comienza la Primera Guerra Mundial.
26 al 30 de agosto, Batalla de Tannenberg, que enfrenta a los alemanes con las fuerzas rusas.
5 a 12 de septiembre, Batalla del Marne. La línea germana comienza a replegarse hacia el oeste de Verdún.
30 octubre-24 noviembre, primera Batalla de Ypres.
Noviembre: Turquía entra en la guerra.
1915. Abril, desembarco aliado en Gallípoli.
23 de mayo, entrada de Italia en la guerra.
Mayo-junio, ofensiva aliada en el Artois.
Agosto, ofensiva alemana sobre Polonia.
Septiembre, ofensiva francesa sobre Champaña.
1916. 21 de febrero, comienza la Batalla de Verdún, en la que murieron más de 350.000 soldados en cada bando.
1 de julio-18 de noviembre, batalla del Somme. En un solo día, los ingleses perdieron 60.000 hombres.
Lloyd George, primer ministro británico.
1917. Revolución de Febrero en Rusia.
Abril, Estados Unidos, entra en la guerra.
Octubre-noviembre, Revolución Rolchevique en Rusia, a cuyo término Moscú sale de la guerra.
Noviembre, Declaración Balfour sobre el sionismo.
1918. 8 de enero, Wilson presenta un progra-

Miedo a un ataque con gas en **las calles de París**.

Postal alusiva a la **Batalla de Verdún**.

Trotski negoció la paz por separado.

talmente de abastecimiento, pero la Revolución Soviética del 7 de noviembre de 1917 –25 de octubre, según el calendario ruso– mejoró su situación, ahorrándoles el frente oriental. Tras el triunfo revolucionario, lo más urgente para el Gobierno bolchevique era terminar la guerra con Alemania. En diciembre de 1917 se reunió una conferencia de paz en Brest-Litovsk; el día 15 de ese mes, el delegado bolchevique, Leon Trotski firmó el acuerdo. Aquello suponía un desastre para los Aliados, que ya veían cómo se les venía encima el ejército alemán del Este; por eso presionaron a los bolcheviques para que retrasaran la entrada en vigor del armisticio; pero ante las maniobras dilatorias de Trotski, los alemanes reiniciaron sus operaciones y, el 3 de marzo, Rusia no tuvo más remedio que firmar la paz.

En la balanza de la guerra, la entrada en liza de Estados Unidos quedaba momentáneamente compensada por la retirada soviética de la contienda. Sobre los campos de Flandes se cernía, a comienzos de 1918, una amenaza mortal.

El último duelo

El mariscal Erich Ludendorff contada en el frente de Francia con casi cuatro millones de hombres y el día 21 de marzo lanzó a una cuarta parte de ellos (47 divisiones) sobre el frente del Somme. En una semana progresó unos 70 km capturando cien mil prisioneros. En vista de este éxito, proyectó una fuera similar en dirección al Lys, pero su derroche de hombres obtuvo una compensación muy reducida. Tras un respiro para reorganizarse, volvió al ataque en mayo, logrando alcanzar el Marne. El agotamiento de ambos bandos era tremendo al finalizar la primavera, pero los Aliados estaban recibiendo la transfusión de sangre americana y se preparaban ya para pasar a la contraofensiva.

Con todo, aún intentaría Ludendorff romper las defensas francesas frente a Nancy, fracasando por completo y el 15 de julio, a la desesperada, envió cuanto podía moverse, 57 divisiones, con cerca de un millón de soldados, contra el Marne. Los alemanes pasaron el río y, por unas horas, hicieron peligrar las líneas defensivas de París. Entre aquellas fuerzas que atravesaron el Marne y soñaron con la conquista de la capital de

ma de paz en Catorce Puntos.
Marzo, Tratado de Brest-Litovsk: Alemania y Austria negocian un armisticio con Rusia, representada por Trotski.
Abril-mayo, ofensiva alemana en Flandes.
Del 21 de octubre al 24 de noviembre, declaración de independencia de checos, eslovacos, serbios, croatas y eslovenos.
7-8 de noviembre, estalla la revolución en Múnich. El día 10 el Káiser huye a Holanda.
11 de noviembre, cesan las hostilidades en el frente occidental.
13 de noviembre, Proclamación de la República austriaca.

Guillermo II huyó a Holanda en 1918.

1919. Del 5 al 15 de enero: *Semana roja* en Berlín.
18 de enero, comienza la Conferencia de Paz en París.
28 de junio, firma del Tratado de Versalles.
Creación de la Tercera Internacional con sede en Moscú.

Saqueos de tiendas en el centro de Berlín.

1920. Creación de la Sociedad de Naciones.
1921. Rebelión de los marineros de Kronstadt. Independencia de Irlanda.
1922. Marcha fascista sobre Roma.
1923. Mustafá Kemal, presidente de la República turca. Golpe de Hitler en Múnich.
1924. Muerte de Lenin. Abolición del Califato en Turquía.

Ataturk, padre de la Turquía laica y moderna.

Destructor británico repeliendo un ataque alemán con aviones y un submarino. En la Gran Guerra, 1914-18, adquirió por vez primera gran importancia la guerra aérea y la submarina.

Francia se hallaba el cabo Adolf Hitler.

Pero el dispositivo francés no cedió. En aquella resistencia se distinguieron ya los primeros norteamericanos en recibir el bautismo de fuego. Tres días después, el 18 de julio, el mariscal Ferdinand Foch, generalísimo de los ejércitos aliados del frente de Francia, pasó al contraataque y rechazó a los alemanes hasta el río Aisne; allí combatieron ya unos 200.000 norteamericanos.

Foch no cedería la iniciativa. A lo largo del mes de agosto y comienzos de septiembre recuperó todo lo perdido en primavera. Los alemanes hubieron de batirse en retirada en un frente de 350 km. y establecer nuevas líneas defensivas, la primera entre Brujas y la margen derecha del río Aisne (*Línea Hermann-Stellung*) y la segunda, desde Amberes a las cercanías de Verdún, apoyada en la ribera derecha del Mosa (*Línea Amberes-Mosa*).

BAJAS

	Muertos	Heridos	Prisioneros
Gran Bretaña	947.000	2.122.000	192.000
Francia	1.385.000	3.044.000	446.000
Rusia	1.700.000	4.950.000	2.500.000
Italia	460.000	947.000	530.000
Estados Unidos	115.000	206.000	4.500
Alemania	1.808.000	4.247.000	618.000
Austria-Hungría	1.200.000	3.620.000	2.200.000
Turquía	325.000	400.000	

Fuente: William L. Langer, *Enciclopedia de Historia Universal, Tomo 5, De la Primera a la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Alianza, 1990.

La puñalada por la espalda

Al llegar el otoño, la iniciativa militar seguía en manos aliadas, pero sus ofensivas no habían logrado éxitos decisivos, pues los alemanes seguían en territorio francés, belga y luxemburgués. Sin embargo, sus ataques desintegraron internamente Alemania: la retaguardia ya no encajaba los retrocesos, ni las sobrecogedoras cifras de bajas, ni los inmensos sacrificios que llevaba cuatro años haciendo. Aquellos reveses, más los éxitos italianos en el Piave contra los austríacos, los anglo-árabes contra los turcos en el Próximo Oriente, los greco-británicos contra los búlgaros, llevarían al colapso a los Imperios Centrales: el 30 de septiembre capitulaba Bulgaria; un mes más tarde, Turquía y Austria.

Para entonces, tratando de frenar la descomposición interna, el Káiser había nombrado un Gobierno parlamentario de concentración, presidido por el príncipe Max de Baden y constituido por liberales, católicos y socialistas. El nuevo gabinete solicitó el armisticio, sobre la base de los 14 puntos de Wilson. Eso era inaceptable para París y Londres, que observaban el organizado retroceso alemán y si, por un lado, temían que simplemente trataran de ganar tiempo, por otro, en plena marcha triunfal, rechazaban unas bases de paz tan generosas como las propugnado por el presidente norteamericano.

Por tanto, prosiguieron las operaciones militares, mientras la descomposición interna de Alemania se convertía en desbandada. La flota se amotinaba en Kiel, Bremen y Lübeck y rechazaba las órdenes de hacerse a la mar (3 de noviembre de 1918); Baviera y Berlín se proclamaban repúblicas socialistas (7 y 9 de noviembre). Ante aquel cataclismo, que se estaba contagiando rápidamente al ejército, el gabinete de Max de Baden no tuvo otro remedio que solicitar el armisticio, medida facilitada por la abdicación de Guillermo II y su partida hacia el exilio (9 de noviembre).

Los militaristas germanos comenzaron a justificar la derrota desde aquel mismo instante. Justo entonces se acuñó una frase que haría fortuna: "La puñalada por la espalda"; según esto, el II

Reich no había sido derrotado por los aliados en los campos de batalla, sino en la retaguardia, carcomida por socialdemócratas, comunistas y judíos... La idea complacía a los belicistas y nacionalistas y, sobre todo, al Ejército, que de esa forma salvaba sus responsabilidades en la derrota. Y, además, contó con la aquiescencia involuntaria de los vencedores, que aceptaron en la firma del armisticio de Rethondes, del 8 al 11 de noviembre de 1918, a una delegación civil, presidida por el diputado centrista Matthias Erzberger y acompañada por dos militares de segundo rango. El militarismo prusiano salvaba la cara.

En Rethondes –y como anticipo de lo que pedirían después– los vencedores exigieron el inmediato cumplimiento de nueve puntos que comprendían el repliegue alemán de todos los territorios ocupados en Francia; el abandono de los territorios ocupados en la orilla izquierda del Rin; la retirada de las zonas ocupadas durante la guerra en el Este europeo; el paso libre para los aliados desde el Báltico a Polonia a través de la ciudad de Danzig y acceso al río Vístula; la devolución de los prisioneros de guerra; el mantenimiento del bloqueo económico; el desmantelamiento de la flota alemana; la entrega de 5.000 cañones, 25.000 ametralladoras, 1.700 aviones, 5.000 camiones, 5.000 locomotoras y 150.000 vagones de ferrocarril...

Asumidas tales exigencias, a mediodía del 11 de noviembre, el Ejército alemán emitió su último parte militar: "Como consecuencia de la firma del armisticio, a partir del medio día de hoy quedan suspendidas las hostilidades en todos los frentes". Tras 51 meses de lucha, la Gran Guerra había terminado.

Mariscal Foch, generalísimo de los ejércitos aliados del frente de Francia y artífice de las ofensivas que obligaron a capitular a Alemania.

Frente a frente

El 18 de enero de 1919 se reunieron en Versalles los encargados de organizar la paz. Allí acudieron los delegados de 27 países, en los que existían tres órdenes bien diferenciados: los grandes, encabezados por el primer ministro francés, Georges Clemenceau, su colega británico, Lloyd George, y el presidente norteamericano Woodrow Wilson; luego, a mucha distancia, los primeros ministros italiano y japonés, Orlando y Saionji. Esos cinco países formaron la comisión de diez miembros que se ocupó de los asuntos principales. En el tercer plano, el resto de los asistentes, que apenas tuvo la oportunidad de participar en los trabajos de la paz.

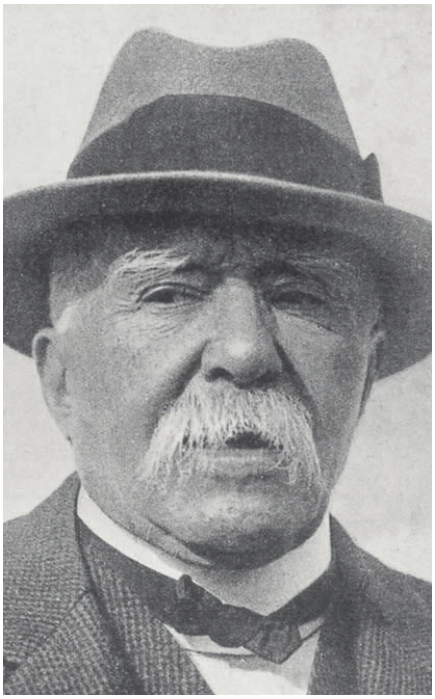
La conferencia estuvo presidida por Clemenceau, que contaba 78 años de edad y había vivido la derrota francesa frente a Prusia en 1870. Era un político de tal ferocidad en la lucha parlamentaria, a la que había dedicado toda su vida, que se le apodaba *El Tigre*; pero su experiencia como estadista era escasa. Eso sería importante porque trató de imponer en Versalles una lucha de aniquilamiento de Alemania como si se hubiera trata de hundir a un rival parlamentario. No hubo en él generosidad ni visión de futuro, sólo de revancha. Según John Maynard Keynes, que vivió la conferencia desde dentro, como miembro de la delegación británica, Clemenceau "creía que ni se puede tener amistad ni negociar con un alemán; sólo se le deben dar órdenes". Dentro de esa mentalidad, luchó por etiquetar a Alemania como "única responsable de la guerra", por esquilmarla económicamente para que jamás pudiera volver a agredir a Francia y por humillarla y debilitarla con ocupaciones y desmilitarizaciones.

CLEMENCEAU, *EL TIGRE*, TRATÓ DE IMPONER EN VERSALLES LA REVANCHA, LOS INTERESES ECONÓMICOS Y LA SEGURIDAD DE FRANCIA

El primer ministro británico, Lloyd George, era un político tan brillante como inestable en sus convicciones ideológicas y políticas. Por un lado, en Versalles apoyó a Wilson en la creación de la Sociedad de Naciones y, aunque proclive a los generosos principios wilsonianos sobre la paz, terminó decantándose en favor de la rapiña colonial y del aniquilamiento económico germano. Y

Izquierda: **La venganza de Francia** sobre la derrotada Alemania en Versalles (visión satírica por Johnson).

Derecha: **Georges Clemencea, *el Tigre***, representante de Francia en Versalles.



eso pese a la oposición de algunos miembros de su delegación, como el joven y prestigioso economista de la Universidad de Cambridge, Keynes, que se oponía a las brutales sanciones porque causarían una inflación incontrolable y el deseo de revancha, pues "en Alemania serían desalentados tanto el capital como el trabajo". Vista la inutilidad de sus esfuerzos, Keynes presentó su dimisión y regresó a Inglaterra, donde publicó *Consecuencias económicas de la Paz,* un libro profético.

Woodrow Wilson, imbuido de un sentimiento misionero de la paz, se presentó en París el 14 de diciembre de 1918. Era la primera vez que un presidente norteamericano abandonaba América y, además, pensando en una larga ausencia, que sería de siete meses y medio. El viaje, desaconsejado por sus asesores, era una temeridad: abandonaba su país, distanciándose de la política cotidiana y dando amplia ventaja a sus enemigos políticos; y se presentaba en Europa, un continente que conocía mal en todos sus aspectos, perdiendo el ascendiente moral de su trayectoria y la inmensa ventaja que, desde el otro lado del Atlántico, podía ejercer como banquero de todos los beligerantes.

¿Por qué se presentó en Versalles? El gran especialista en relaciones internacionales, Charles Zorgbibe cree que, "Quizás fue la vanidad del jurista, del historiador, decidido a no faltar a la mayor cita diplomática desde el final de las guerras napoleónicas y del Congreso de Viena o, quizás, fue la excitación de un teórico y práctico de la política, tan extasiado como una debutante, la perspectiva de su primer baile..."

Ajuste de cuentas

Y, tal como sospechaban los más pesimistas, Wilson fue arrastrado una y otra vez hasta las posiciones que unas veces encabezaban los franceses y otras, los británicos. Cedió en la culpabilización de Alemania; cedió en las indemnizaciones; cedió en el interés anglo-francés de juzgar a Guillermo II, aunque esto no ocurriría. Únicamente se mantuvo firme en su inquebrantable deseo de ver aprobada la constitución de la Sociedad de Naciones.

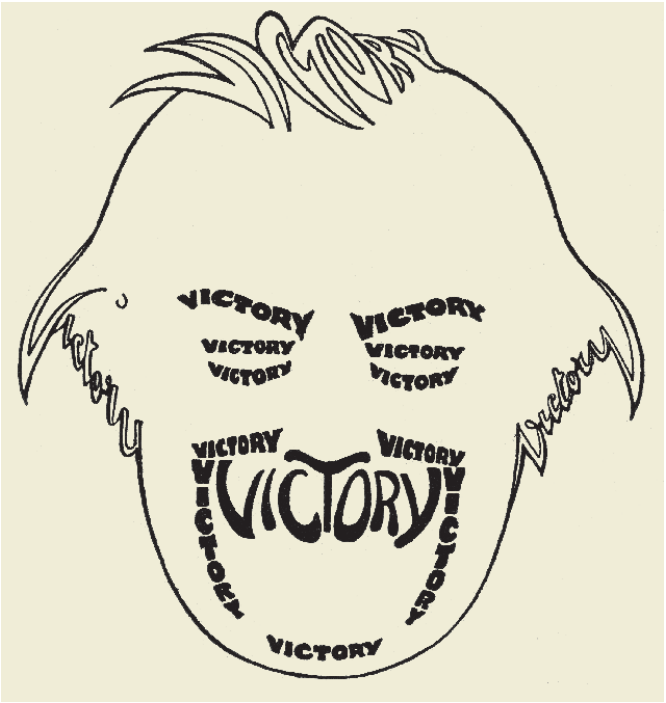
Y para conseguir ese sueño, el presidente norteamericano volvería a medio ceder en las cuestiones territoriales, como la del Sarre, que Francia deseaba anexionarse habida cuenta que ese territorio "tenía un sentimiento profrancés a finales del siglo XVIII". Este asunto avinagraría las relaciones de Wilson y Clemenceau durante un mes. El norteamericano defendía la autodeterminación de los pueblos, por encima de presuntos sentimientos siglo y medio anteriores. Enfurecido, Clemenceau acusó a Wilson de germanofilia y le aseguró que Francia no firmaría nada sin la cesión del Sarre, a lo que Wilson replicó:

– "Es decir, Francia rehusa actuar con nosotros! En estas condiciones ¿Desea usted que me vaya?"

– "¡En absoluto! -replicó el francés– ¡El que se va soy yo!".

El Sarre, finalmente, quedaría bajo control internacional, pero su carbón sería explotado por Francia. La disputa volvería a surgir cuando se trató de Renania, cuyos territorios de la orilla izquierda del Rin trató Francia de convertirlos en autónomos, desgajándolos de Alemania. Como Wilson no cediera, París se avino a cambio de la desmilitarización en profundidad.

Como se observa, Versalles no fue una conferencia de paz, sino un ajuste de viejas cuentas con los vencidos, con los Imperios Centrales. Se desmembró al Imperio austriaco, organizándose el avispero yugoslavo y el conglomerado checoslovaco, que englobaba importantes poblaciones germánicas –los sudetes– que fueron uno de los motivos de la II Guerra Mundial; se desintegró al Imperio Otomano, dejando una guerra en marcha entre Turquía y Grecia; el conflicto endémicos de los kurdos; una complicadísima situación entre los pueblos árabes –la guerra entre hachemíes y bahabíes duraría años en Arabia–; se establecieron los mandatos de Oriente



Izquierda: **caricatura de Lloyd George**, en la que resalta su utilización de la victoria en Versalles (publicada en la época de la Conferencia, por *The London Opinion*).

Derecha: **Woodrow Wilson**. El presidente norteamericano fue superado por el revanchismo y el ciego egoísmo de sus aliados.

Medio, poniéndose los cimientos a los conflictos de Palestina, de Líbano y de Irak, todos bien vigentes.

Pero los más agravios más profundos se le infligieron a Alemania. Francia recuperaba Alsacia y Lorena, perdidas en su guerra de 1870 con Prusia, pretendía la cesión de la Alta Silesia, explotaba el Sarre y ocupaba Renania. El curso alemán del Rin era desmilitarizado en toda su margen izquierda y en una profundidad de 50 kilómetros en la derecha; Polonia recibía amplios territorios poblados por alemanes y el corredor de Danzig, que dividía Prusia Oriental, creando un sentimiento permanente de irritación y constituyendo un motivo inmediato de la II Guerra Mundial. Alemania debía asumir una falsedad histórica: la responsabilidad única del estallido de la guerra y, por tanto, se haría cargo del pago total de las reparaciones, cifradas en la astronómica cifra de 33.000 millones de dólares; y para que no volviera a tener tentaciones belicistas se desmilitarizaría, reduciendo sus ejércitos a 115.000 hombres, disolviendo su Estado Mayor y destruyendo toda su aviación, su artillería media y pesada, sus blindados y todo buque superior a las 10.000 toneladas; además, debía entregar a los responsables de crímenes de guerra que reclamaran los vencedores.

Como el Gobierno de Weimar –la ciudad donde se reunían el Ejecutivo y el Parlamento alemanes ante la inseguridad política de Berlín– se negara a aceptar tales términos, los vencedores amenazaron con reanudar las hostilidades y Alemania no tuvo otra salida que firmar el Tratado, aún conscientes de que se trataba "de una injusticia sin igual", en palabras del ministro de Exteriores, Hermann Müller. Tras este trágala, la ceremonia de la firma se realizó en la Galería de los Espejos de Versalles, el 28 de junio de 1919.

Las cláusulas del tratado que cerraba la Gran Guerra entraron en vigor el 10 de enero de 1920; en esa fecha comenzó a gestarse la II Guerra Mundial. El gran periodista Raymond Cartier lamentaba ese final: "La Primera Guerra Mundial, nacida de errores y equívocos, habría debido tener como conclusión una victoria aliada indiscutible, seguida de una paz de reconciliación. Pero se haría lo contrario: de una victoria incompleta, saldría una paz ridículamente rigurosa". ■

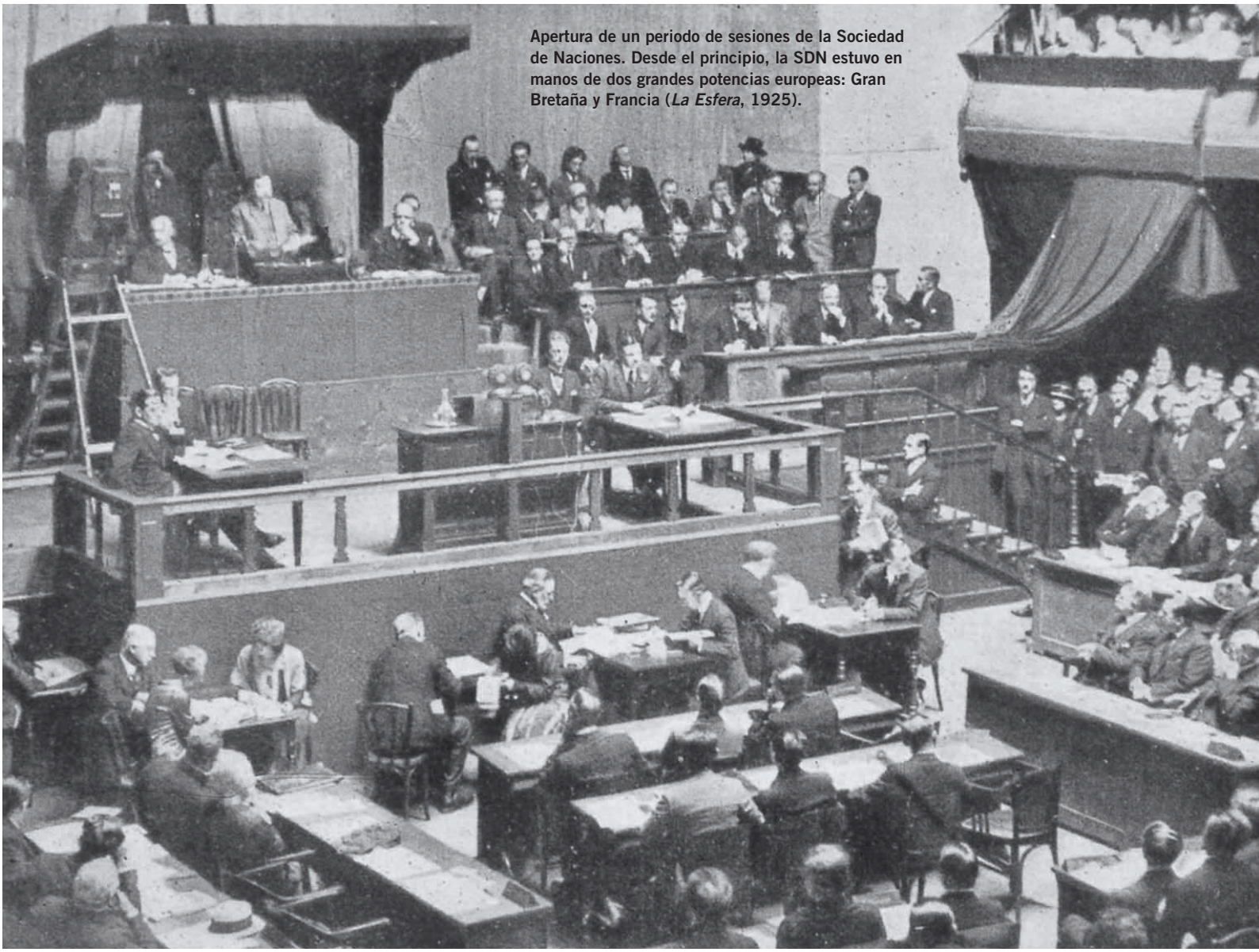
El espíritu de Wilson

El 8 de enero de 1918, el presidente norteamericano Woodrow Wilson expuso ante el Congreso su programa de 14 Puntos para la Paz. En resumen, se trataba de liquidar los efectos de la guerra, de imponer una nueva filosofía a las relaciones internacionales y de tutelar los derechos de los pueblos: 1. Acuerdos de paz negociados públicamente y fin de la diplomacia particular y secreta (abierta alusión a los Acuerdos Sykes-Picot). 2. Libertad absoluta de navegación por los mares. 3. Libertad de comercio para todas los países que aceptasen la paz y supresión de barreras aduaneras. 4. Reducción de armamentos. 5. Acuerdos sobre los problemas coloniales, que respetaran tanto los intereses de las metrópolis como los de las poblaciones de las tierras colonizadas. 6. Evacuación de todos los territorios rusos ocupados. 7. Evacuación y restablecimiento de la insegridad territorial de Bélgica. 8. Devolución a Francia de Alsacia y Lorena. 9. Rectificación a favor de la Italia de las fronteras con Austria. 10. Garantía de un desarrollo autónomo de los diversos pueblos de Austria-Hungría. 11. Evacuación de Rumania, Serbia y Montenegro. 12. Seguridad de existencia política para las regiones no turcas bajo dominación otomana. 13. Creación de una Polonia independiente. 14. Creación de una asociación de naciones que se encargase, en adelante, de regular el orden internacional.

Las dificultades de la paz

LA DECEPCIÓN

Rosario de la Torre analiza la traumática situación europea de posguerra: los acuerdos de los diferentes Tratados, con dramáticos cambios fronterizos y los intereses irredentos, el desenganche norteamericano de los pactos de Versalles, el miedo de Francia a quedarse sola ante Alemania...



Apertura de un periodo de sesiones de la Sociedad de Naciones. Desde el principio, la SDN estuvo en manos de dos grandes potencias europeas: Gran Bretaña y Francia (*La Esfera*, 1925).

El 28 de junio de 1919, la firma del Tratado de Versalles y el regreso de Wilson a Estados Unidos, y de Lloyd George a Inglaterra, no pusieron fin a los trabajos de la Conferencia de Paz de París. Un nuevo organismo, el Consejo Supremo, formado por los presidentes en ejercicio de cada delegación, asumió el principal papel en la toma de decisiones, supervisando las últimas fases de las negociaciones de los tratados con Austria, Bulgaria, Hungría y Turquía, que seguirían las líneas generales del firmado con Alemania, pero que carecían de una forma definitiva. Lo mismo ocurría con la Sociedad de Naciones (SDN); su Pacto aparecía como preámbulo del tratado de Versalles, y llevaba su fecha; ahora era necesario pasar de las palabras a los hechos.

Un año después de concluir las hostilidades, los vencedores debían finalizar los trabajos de la Conferencia de París y ejecutar sus disposiciones en medio de una posguerra repleta de dificultades.

Las horcas caudinas

Firmado el 10 de septiembre de 1919, **El Tratado de Saint-Germain** no sólo determinó los términos de la paz con Austria. Fijó sobre todo la existencia de un pequeño Estado residual germanoparlante austriaco, que contrariaba los deseos de sus representantes, que se inclinaban por incorporarse a Alemania. Austria perdió el sur del Tirol y la Venecia-Julia, que pasaron a Italia; Dalmacia, Eslovenia y Bosnia-Herzegovina, que pasaron a Yugoslavia; Bohemia y Moravia, que pasaron a Checoslovaquia; Galitzia, que pasó a Polonia y Bucovina, que pasó a Rumania. Si en 1914 dependían de la parte austriaca de la Monarquía Dual 28 millones de seres humanos, el Tratado de Saint-Germain dejó a la República Austriaca con una población de menos de 8 millones y con los 3 millones de austríacos que vivían en las montañas de Bohemia fuera de sus nuevas fronteras. El ejército austriaco quedó reducido a 30.000 hombres, el nuevo Estado debía hacer frente al pago de las reparaciones que le correspondiesen y le fue estrictamente prohibida su unión con Alemania.

El diplomático inglés sir **Eric Drummond** fue el primer secretario general de la Sociedad de Naciones.

El Tratado de Neuilly, firmado el 27 de noviembre de 1919, fijó los términos de la paz con Bulgaria, que por él perdió la parte oriental de Tracia –su salida al mar Egeo–, en favor de Grecia, y dos pequeñas áreas de Macedonia, cedidas a Yugoslavia. El ejército búlgaro quedó reducido a 20.000 hombres y el Estado tuvo que hacer frente al pago de su parte de las reparaciones. La relativa poca dureza que los vencedores aplicaron a Bulgaria se explica por su temor a que cualquier cambio de las fronteras de la península de los Balcanes tuviera consecuencias contraproducentes.

El Tratado de Trianon, firmado el 4 de junio de 1920, fijó una durísima paz con Hungría, que por él perdía más de 2/3 del territorio que controlaba antes de guerra. En medio de una situación social explosiva, los vecinos impusieron las arbitrarias líneas de demarcación establecidas en la Paz de París: Transilvania y la mitad del Banato fueron integradas en Rumania; Eslovaquia y Rutenia fueron integradas en Checoslovaquia; Croacia y Voivodina pasaron a formar parte de Yugoslavia; Italia reclamó Fiume; Polonia ganó una pequeña zona en le norte de Eslovaquia y Austria adquirió una franja de la Hungría occidental que más tarde se llamó Burgenland.

La parte húngara de la Monarquía Dual agrupaba en 1914 a 21 millones de habitantes; la nueva Hungría fue reducida a 8 millones, dentro de unas nuevas fronteras que dejaban fuera a varios millones de magiares. El ejército quedó reducido a 35.000 hombres y el nuevo Estado tuvo que hacer frente al pago de reparaciones.

El Tratado de Sèvres, de 10 de agosto de 1920, repartió el Imperio Otomano. Estambul quedó en manos turcas, pero los Estrechos serían desmilitarizados y neutralizados bajo el control de una comisión internacional; los griegos ocuparon la Tracia Oriental; los armenios dispondrían de un Estado independiente en la Anatolia Oriental; los kurdos gozarían de una amplia autonomía dentro del Estado turco y se establecieron amplias zonas de influencia

Rosario de la Torre del Río es profesora titular de Historia Contemporánea. Universidad Complutense de Madrid.

de Francia e Italia en Anatolia. Los territorios árabes también quedaron divididos entre un mandato francés sobre Siria, que incluía Líbano y que excluía Mosul, y dos mandatos ingleses, uno sobre Palestina y otro sobre Irak, que incluía Mosul. Francia aceptó la pérdida de Mosul a cambio de las acciones alemanas (el 25%) de la T*urkish Petroleum Company*. Esto prácticamente eliminaba a Turquía como país de cierta entidad, pero los turcos aún no habían dicho la última palabra.

La Sociedad de las ilusiones

El Pacto de la Sociedad de Naciones, que aparece como preámbulo del Tratado de Versalles y que se repite –igualmente como preámbulo- en los otros cuatro tratados, corona todo el edificio construido en 1919 en París. El Pacto, ensayo de concierto mundial en el que se depositaron las esperanzas pacifistas de un mundo desangrado por una guerra terrible que solo cobraría sentido si era la última, intentaba crear un nuevo esquema para la actividad diplomática limitando el libre ejercicio de la soberanía nacional –que caracterizó la supuesta anarquía internacional de los años anteriores a 1914– sin edificar un poder supraestatal. Esto condujo a la paradoja de intentar combinar el principio de la seguridad colectiva con la continuación de la existencia de la plena soberanía nacional de los Estados.

El economista inglés **John Maynard Keynes**, en la imagen con su esposa, alertó sobre el peligro de asfixiar a Alemania.

En la Sociedad de Naciones se posaron las esperanzas pacifistas de un mundo desangrado por una guerra terrible

Para cumplir sus objetivos, la Sociedad de Naciones (SDN) contaría con cuatro instrumentos: el desarme, las garantías mutuas, las sanciones contra el agresor y el derecho a los cambios cuando las circunstancias cambiasen. La consistencia y virtualidad de los cuatro instrumentos dependerían exclusivamente de la voluntad de los grandes a la hora de utilizarlos.

Ginebra fue elegida como sede de la SDN. Todos los países miembros –entre los que inicialmente no se contaban los vencidos– tenían asiento y voto en la Asamblea, pero sólo nueve de ellos constituían el Consejo, encargado por el Pacto de la resolución de cualquier conflicto que pudiera poner en riesgo la paz del mundo. No todos los miembros del Consejo era iguales: cinco eran permanentes (Estados Unidos, Francia, Italia, Japón y Reino Unido), cuatro eran elegidos por la Asamblea para un período de un año (los cuatro elegidos en primer lugar fueron Bélgica, Brasil, España y Grecia). Un Secretario General preparaba los trabajos del Consejo.

Pero, mientras la maquinaria puesta en marcha por las decisiones de Wilson, Clemenceau y Lloyd George culminaba sus trabajos con la firma de los tratados, los acontecimientos de Estados Unidos, en el otoño de 1919, arrojaban serias dudas sobre el futuro de lo negociado en París.

Enfrentado a una poderosa oposición a los acuerdos negociados, particularmente a las obligaciones de la Sociedad de Naciones y a las concesiones a los japoneses en el Pacífico, Wilson se embarcó en una durísima batalla en el Senado que culminó con su derrota. Estados Unidos firmó tratados de paz separados con Alemania, Austria y Hungría en agosto de 1921, que no incluían el Pacto de la Sociedad de Naciones. Wilson, que había jugado un papel vital, a veces decisivo, en la redacción del acuerdo, no lograría comprometer a los poderosos Estados Unidos en la ejecución de unos tratados que, sin la necesidad de contar con su aprobación personal, hubieran sido muy distintos. De entrada, al renunciar Estados Unidos, el Consejo de la SDN quedó, de hecho, constituido por ocho miembros. En 1922 se modificó el Pacto y el Consejo se amplió a diez miembros, cuatro permanentes y seis no-permanentes.

De esta manera, la SDN, que se basaba en la idea democrática de igualdad entre Estados soberanos, en la práctica quedó en manos de dos grandes potencias europeas que debían mostrar su determinación política a la hora de liderar la acción colectiva en favor del cambio pacífico o en contra de los agresores. Sobre esta base, pueden entenderse las dificultades para que un acuerdo como el de 1919 sobreviviera a la retirada de Estados Unidos y al restablecimiento de la potencia de Alemania o de Rusia.

Los vencedores, a la greña

No se habían firmado todos los tratados de paz, cuando estallaron las discrepancias entre los vencedores: británicos y franceses por el reparto del Imperio Otomano; norteamericanos y británicos frente a los franceses por el problema alemán; italianos y yugoslavos por Fiume.Y casi todos, con con la Rusia soviética.

Mientras la Conferencia de Paz terminaba sus trabajos, París y Londres se enfrentaron por el reparto del Cercano y Medio Oriente. Los británicos, que deseaban la formación, bajo su control, de un gran reino árabe, proveedor de petróleo y bastión avanzado en la ruta de la India, empujaron sin éxito, en marzo de 1920, al emir Feisal contra Francia, que se hizo fuerte en su designio de controlar Siria. (véase *La Aventura de la Historia*, nº 55, "El

Situación del Próximo Oriente tras el manejo de la política de mandatos. La situación colonial perdudaría en algunos puntos hasta la década de los sesenta (fuente: G.Blake, J. Dewdney, J. Michell, *The Cambridge Atlas of the Middle East and North Africa*, Cambridge University, 1987).

reparto del botín otomano: un siglo de conflictos en el Oriente Próximo", mayo, 2003).

Finalmente, el Tratado de Sèvres nunca fue ratificado. Aunque el Sultán aceptó sus cláusulas, el movimiento republicano encabezado por Mustafá Kemal las rechazó, sobre todo porque daban a los griegos derechos exclusivos sobre la región de Esmirna y porque colocaban los estrechos de los Dardanelos y del Bósforo bajo la administración de la SDN.

Tras la desaparición del Sultanato, la Turquía de Mustafá Kemal, apoyada por Francia e Italia, reclamó la revisión de lo acordado en Sèvres y se enfrentó a Grecia que, pese al apoyo británico, fue derrotada

La victoria militar de Kemal forzó el Tratado de Lausana, de 24 de julio de 1923, por el que Turquía renunciaba a todos los territorios no-turcos del Imperio Otomano; Grecia retenía todas las islas del Egeo menos Imbros y Tenedos, que retornaban a Turquía; Italia se anexionaba las islas del Dodecaneso; Inglaterra que quedaba con Chipre; el Bósforo y los Dardanelos eran desmilitarizados; los griegos se retiraban de Esmirna y de Trancia Oriental; se obligó por la fuerza a las poblaciones turcas (350.000) y griegas (1.000.000) a desplazarse, para adecuarse a las nuevas fronteras.

El rechazo norteamericano a ratificar el tratado de garantía negociado con Francia en Versalles a cambio de su renuncia al control directo de la orilla izquierda del Rin enfrentó a París y Washington durante los años veinte; el Reino Unido, bajo la influencia del libro de Keynes *Las consecuencias económicas de la paz* (1919), favorecía una recuperación rápida de Alemania y, con ello, también se enfrentaba a una Francia que, por su parte, cifraba su seguridad y recuperación en la estricta ejecución del

Tratado de Versalles. Francia sentía que sus aliados anglosajones la estaban dejando sola frente al problema alemán.

Las aventuras de D'Annunzio

Italia entró en la Gran Guerra en 1915 bajo las cláusulas del Tratado de Londres, por el que Reino Unido y Francia le prometían Trentino, Trieste, Istria y Dalmacia. Estados Unidos nunca asumió ese compromiso y, cuando llegó la negociación de la paz, los italianos alcanzaron mucho menos de lo prometido: las tierras pobladas mayoritariamente por eslavos que reclamaba fueron incorporadas a la nueva Yugoslavia. Enfrentándose a británicos y franceses, que olvidaron las viejas promesas, los italianos concentraron sus reivindicaciones en la incorporación de Fiume a Italia. En septiembre de 1919, grupos de voluntarios –los *arditi*– dirigidos por el poeta Gabriele d'Annunzio tomaron la ciudad provocando una crisis internacional. La evacuaron dos meses después, tras acordar su conversión en Estado independiente, con el que terminaría Mussolini en 1924.

La reconstrucción de Polonia, decidida en Versalles, planteaba un grave problema de fronteras. Los aliados deseaban limitar Polonia a los territorios poblados mayoritariamente con polacos, pero Josef Pilsudski, que había

Gabriele D'Annunzio lideró a un grupo de voluntarios que tomaron Fiume en 1919 (fotografía publicada en *LIEyA*, en 1898).

proclamado la República el 22 de noviembre de 1918, continuaba la lucha contra rusos y ucranianos con el objetivo de extender sus fronteras por el Este. Así, la nueva Polonia rechazaría a la vez las propuestas de paz soviéticas y las fronteras fijadas por la Entente, porque reclamaba las de 1772 y, si era posible, incorporando a ellas Ucrania.

El 25 de abril de 1920, los polacos retomaron su ofensiva contra los Soviets pero, tras algunos éxitos iniciales, las derrotas se encadenaron y, el 22 de julio, los polacos solicitaron el armisticio. Mientras los británicos presionaban a la URSS para que respetase la Línea Curzon –la frontera lingüística que separaba las poblaciones mayoritariamente polacas de las bielorrusas y ucranianas–, Francia animó la resistencia polaca ofreciendo un fuerte apoyo militar. La llegada de los soldados franceses cambió la situación y los polacos olvidaron el armisticio e iniciaron una ofensiva que hizo recular a los soviéticos 400 km. En pocos días, Polonia pasó de la derrota total a una gran victoria: rechazaron entonces la Línea Curzon y forzaron una frontera 150 kilómetros más al Este.

Las negociaciones culminaron con el Tratado de Riga, de 12 de marzo de 1921. En enero, Francia y Polonia habían firmado un tratado de alianza que, para el Gobierno de París, sería la primera de sus alianzas de revés que, a falta de la garantía anglosajona de sus fronteras del noreste, le permitirían fortalecer su posición frente a Alemania.

Tras el fracaso de las intervenciones militares occidentales contra la Rusia soviética, se consolidaría el *cordón sanitario antibolchevique* que, formado por Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania y Polonia, intentaría evitar el contagio revolucionario. Moscú respondió con dos estrategias: por una parte, con la Tercera Internacional y su influencia sobre los partidos comunistas que se crearon por doquier en los años 1920-1921; por otra, con una política exterior de acercamiento a Alemania, la otra gran potencia maltratada y aislada por los vencedores. El 16 de abril de 1922, la Unión Soviética y Alemania firmaron el Tratado de Rapallo, por el que establecían relaciones diplomáticas y un acuerdo económico. Sus cláusulas secretas incluían un acuerdo militar que permitiría a Alemania burlar los controles de desarme.

La frustración de Poincaré

Aunque Francia fue la gran vencedora en Versalles, no consiguió ni la frontera estratégica sobre el Rin que reclamaban sus militares y las ligas nacionalistas ni una garantía anglo-norteamericana que pudiera suplirla. El Gobierno del Bloque Nacional y, en particular, Poincaré, consideraría que Francia había quedado sola frente a Alemania y que la seguridad del país residía exclusivamente en la estricta ejecución del Tratado de Versalles.

En el marco de esa política, lo primero sería obligar a Alemania a pagar las reparaciones que fijaba el artículo 231 del Tratado de Versalles. Para la opinión pública francesa, esas reparaciones estaban plenamente justificadas porque Alemania, país agresor, conservaba su potencial económico prácticamente intacto, mientras Francia, país agredido, salía de la guerra con una economía arruinada. No se trataba de una suma baladí: la Conferencia de

PRESTITO NAZIONALE
RENDITA CONSOLIDATA 5% NETTO
EMESSA A L.86.50 PER 100 NOMINALI
REDDITO EFFETTIVO 5.78%
ESENTE DA IMPOSTE PRESENTI E FVTVRE

Postal italiana de entre 1914-1918, que propone suscribir **bonos de guerra** para apoyar al Estado.

En 1921, ante el retraso del pago de las indemnizaciones, los aliados ocuparon temporalmente la región de Renania

Spa, de julio de 1920, había fijado el porcentaje de las indemnizaciones que correspondía a cada damnificado: Francia, 52%; Reino Unido, 22%; Italia, 10%; Bélgica, 8%... Más tarde, la Comisión de Reparaciones fijaría la deuda alemana en la impresionante suma de 132.000 millones de marcos-oro, por lo que a Francia le corresponderían 68.640 millones de marcos oro, que consideraría imprescindibles para su recuperación.

En marzo de 1921, ante las dilaciones en los pagos, los aliados, que de acuerdo con las cláusulas del Tratado de Versalles, ocuparon temporalmente la región de Renania, extendieron su control sobre el Rin con la ocupación de tres nuevas cabezas de puente: Ruhrort, Duisburgo y Düsseldorf. La presión de la extrema derecha y la crisis monetaria que le atenazaba llevaron al gobierno alemán a resistir. El Gobierno de Londres, bajo el impacto de las llamadas de atención de Keynes sobre las consecuencias del hundimiento económico de Alemania, buscó entonces un compromiso y ofreció a Francia la garantía de sus fronteras a cambio de una reducción muy importante de la reparaciones alemanas. Briand estuvo a punto de aceptar ese compromiso que, finalmente, no fue posible por la oposición de la Asamblea Nacional y del presidente de la República.

Siembra de odio

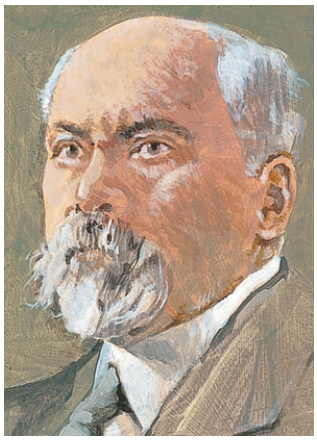
En enero de 1922, Poincaré, que sustituyó a Briand, se empecinó en una política de rigurosa ejecución; con el pretexto de un retraso en la entrega de un pago en especie (un cargamento de postes telegráficos), el Gobierno francés llevaría el asunto a la Comisión de Reparaciones que, por tres votos (Francia, Italia y Bélgica) contra uno (Reino Unido) decidió ocupar el Ruhr.

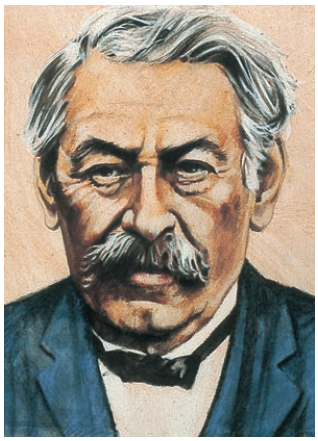
El 11 de enero de 1923, tropas franco-belgas ocuparon esa región. Berlín respondió con una política de resistencia pasiva, que llevó a la huelga a 2 millones de obreros (los salarios los siguió pagando el Gobierno alemán). Poincaré necesitaba la producción del Ruhr y llevó a la zona a mineros, empleados de los ferrocarriles y soldados franceses y belgas para suplir el trabajo de los huelguistas alemanes. La tensión creció hasta límites casi insoportables. Finalmente, el gobierno alemán no pudo aguantar más que unos meses y, en septiembre, puso fin a la huelga.

La gravísima situación económica, la extraordinaria inflación y la humillación que significó la ocupación del Ruhr constituyeron una magnífica proyección para un orador tabernario que por entonces conmocionaba las cervecerías muniquesas, Adolf Hitler. Antes de la crisis su partido, el NSDAP, contaba apenas con diez mil afiliados; al concluir, disponía de 26.000. La osadía del líder nazi creció exponencialmente, hasta el punto de que intentó conquistar el poder mediante un golpe de mano, el *Putsch de Munich* del 8 de noviembre de 1923.

Entre tanto, las presiones internacionales fueron ablandando a Francia. Poincaré, que había pedido un crédito a la Banca Morgan para sostener el franco, se encontró en una posición débil y tuvo que reconocer que las dificultades alemanas para pagar las reparaciones no eran inventadas y que lo más sensato era aceptar las presiones de los Estados anglosajones para llevar el complicadísimo problema de los pagos alemanes a un comité presidido por el general norteamericano Dawes; al tiempo, firmaba un acuerdo en 1924, para retirar sus tropas del Ruhr en el plazo de un año.

A partir de 1924, la atmósfera política europea se distendió. En primer lugar, mejoró la situación económica; la fase de depresión terminó en 1924, con el enderezamiento financiero de Alemania. Europa conocería, con la excepción del Reino Unido, una fase de prosperidad que favorecería el apaciguamiento de los conflictos internacionales. En segundo lugar, la izquierda llegó al poder en Francia y en el Reino Unido y los hombres del Cartel de las izquierdas y del laborismo no tuvieron dificultades para normalizar las relaciones con la Unión Soviética y, sobre todo, para romper con la política de ejecución y buscar la conciliación con Alemania. Finalmente, fueron importantes los individuos. El francés Herriot, líder del Cartel, intentaría, sin éxito, fortalecer el sistema de arbitraje de la SDN. El británico Austin Chamberlain se mostraría más comprensivo que Lloyd George hacia las posiciones de Francia. Y, sobre todo, Briand, ministro francés de Asuntos Exteriores de 1925 a 1932, y Gustav Stresemann, que ocuparía en mismo puesto en Alemania de 1923 a 1929, protagonizarían el acercamiento franco-alemán, base de las nuevas relaciones europeas que caracterizaron a la segunda parte de los años veinte. ■





Poincaré, ministro francés de Exteriores en 1922, era partidario de una rigurosa aplicación del los Tratados de paz. El británico **Austin Chamberlain** fue muy comprensivo hacia Francia. El alemán **Stresemann** y el francés **Briand** se esforzaron en un acercamiento mutuo.

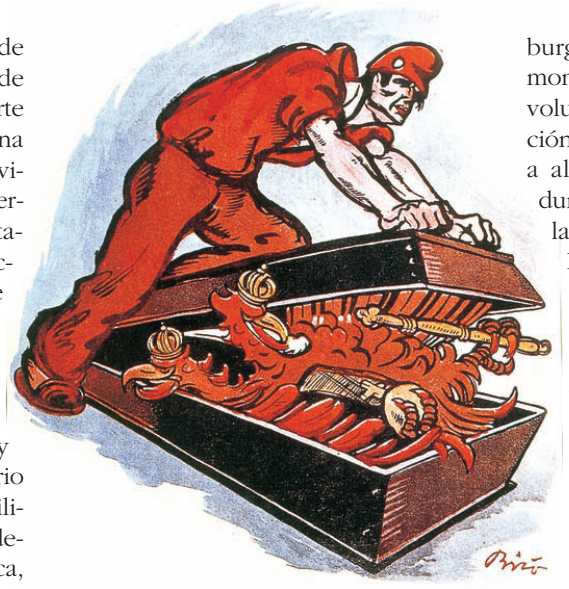
Derrota, nacionalismo y revolución

LA CAÍDA DE LAS ÁGUILAS

Los sufrimientos de la guerra, la derrota, la Revolución Soviética y los nacionalismos alteraron el equilibrio del Viejo Continente. JULIO GIL analiza el fenómeno que derribó los Imperios austrohúngaro, alemán y otomano, configurando una nueva Europa

El día 15 de septiembre de 1918, el Ejército aliado de Oriente, extendido en el norte de Grecia, desencadenó una ofensiva general. El grueso de las divisiones aliadas –francesas, británicas, serbias, griegas e italianas– inició un ataque sobre las líneas búlgaras en el sector macedonio de Dobropole, al este de Bitolj. Los desmotivados defensores apenas ofrecieron resistencia y retrocedieron apresuradamente. A finales de mes, los Aliados controlaban toda la Macedonia meridional y sus vanguardias penetraban en territorio búlgaro. Enfrentado a un colapso militar, en Sofia el Consejo de la Corona decidió enviar una delegación a Salónica, sede del Alto Mando aliado en los Balcanes. El 29 de septiembre, Bulgaria aceptó el armisticio en los términos impuestos por sus vencedores.

El derrumbamiento búlgaro abrió el resto de la Península a los Aliados. Las vanguardias serbias liberaron Belgrado mientras, a su derecha, los franceses alcanzaban el Danubio, italianos y franceses ocupaban Albania y los británicos completaban la ocupación de Bulgaria. El 30 de octubre de 1918, con sus tropas en desbandada, el Alto Mando turco firmaba el armisticio en Mudros y ponía los Estrechos bajo control aliado. También el frente italiano se rompía a finales de octubre, con el desastre militar austro-húngaro de Vittorio Véneto, que dejaba la Austria occidental abierta al avance aliado. El 10 de noviembre, el Gobierno rumano declaró la guerra a las Potencias Centrales y se dispuso a reclutar un ejército con el que invadir Hungría.



Un conde Karolyi proletarizado entierra a la maltrecha águila bicéfala de Austria-Hungría, en **caricatura popular** de 1918.

En el interior del Imperio de los Habsburgo, la situación se complicaba por momentos y amenazaba tanto con la revolución social como con la desintegración del Estado. La guerra había venido a alterar un cuidadoso equilibrio que durante medio siglo había garantizado la estabilidad de la Europa central. Fruto de un pacto entre austro-alemanes y magiares –el Compromiso de 1867– la Monarquía Dual respondía a los intereses de estas dos minorías nacionales, que sumaban un 24 y un 20 por ciento, respectivamente, de la población del Imperio. Los germanos dominaban en la parte occidental, la Cisleitania, y los húngaros en la oriental, la Transleitania. En ambos territorios convivía un conjunto de nacionalidades de origen étnico dispar: polacos, rutenos, checos, eslovacos, croatas, serbios y eslovenos eran eslavos, mientras que rumanos e italianos reivindicaban su origen latino y los judíos, que no poseían el estatus oficial de nacionalidad, formaban una comunidad dispersa, pero culturalmente muy cohesionada. En buena medida, la historia de Austria-Hungría era la de este pacto de mutuo interés, que obligaba a germanos y magiares, rivales en casi todo, a entenderse a la hora de frenar las crecientes reivindicaciones nacionalistas de las restantes minorías.

JULIO GIL PECHARROMÁN es profesor titular de Historia Contemporánea, UNED, Madrid.

Trabajos de demolición de la estatua de Hindenburg, en Berlín, en 1919. El mariscal, sin embargo, no había perdido aún su influencia.

La Gran Guerra había puesto de relieve el hecho de que Austria-Hungría era un gigante con pies de barro.

Hambre y descontento popular

Cuando, en el otoño de 1916, falleció el anciano emperador Francisco José, su sobrino, Carlos I, heredó un panorama sombrío: con los frentes atascados en una sangrienta guerra de desgaste, la masiva movilización militar, destinada a reponer las continuas bajas –se movilizó a nueve millones de hombres, de los que la mitad resultó muerta o herida– restaba gran parte de su fuerza laboral a la industria y a la agricultura. El desabastecimiento de las ciudades y una inflación galopante no tardaron en convertirse en un problema angustioso y el racionamiento aumentó el descontento popular.

Con todo, lo más preocupante era la cuestión de las nacionalidades. Aunque los polacos de Galitzia parecían conformarse con una amplia autonomía, la guerra había reforzado en las demás minorías la tendencia a la creación de Estados propios o a la incorporación de sus territorios a los Estados nacionales vecinos. En este último caso estaban los italianos del Tirol, Istria y Dalmacia, los rumanos de Transilvania y Bucovina y los serbios de Bosnia y Voivodina. Entre los checos y los croatas, tradicionalmente muy combativos en la cuestión nacional, avan-

La desintegración de Austria-Hungria

Fronteras del Imperio Austro-Húngaro en 1914 (línea roja; países dependientes de Austria; línea verde: países dependientes de Hungría.

Nuevas Fronteras Sup. / Pobl. 1920-24

- **Austria: 83.833 km² / 6.686.576 hab.**
- **Checoslovaquia: 140.352 km² / 13.613.172 hab.**
- **Hungría: 93.000 km² / 8.000.179 hab.**
- **Rumania: 294.967 km² / 16.636.000 hab.**
- **Yugoslavia: 248.665 km² / 11.700.000 hab.**

zaba la idea de un Estado propio y soberano, si bien los últimos estaban divididos entre los defensores de una Croacia independiente y los yugoslavitas, partidarios de una unión sudeslava con los reinos de Serbia y Montenegro.

Desde los primeros meses de la contienda, los movimientos nacionalistas habían podido desarrollar una extensa actividad en Europa occidental y Norteamérica, alentada por los gobiernos aliados. El conservador rusófilo Román Dmowski encabezó desde París y Londres la lucha por lograr la reunificación e independencia de Polonia, aunque rivalizando con las fuerzas del interior que dirigía, hasta su encarcelamiento por los alemanes, el socialista Josef Pilsudski.

Carlos I heredó el Imperio en otoño de 1916, a la muerte de Francisco José I. Duró dos años en el trono (postal de la época).

El 11 de noviembre de 1918, el emperador Carlos I abandonó Viena y el *Reichsrat* proclamó la República de Austria

Checos y eslovacos habían constituido sendos Comités Nacionales, pero en la emigración triunfaba la idea unitaria, plasmada en el Consejo Nacional Checoslovaco creado en el otoño de 1915 en París bajo la dirección de Tomás Garrigue Masaryk.

También los yugoslavitas constituyeron en ese año su Comité en Londres. Dos años después, los Aliados propiciaron una reunión de grupos sudeslavos en Corfú. Allí el líder del Comité, el croata Ante Trumbic firmó con Pasic, jefe del Gobierno serbio en el exilio, una Declaración favorable a la creación de un Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos –"idénticos, por sangre y lengua"– bajo la monarquía serbia de los Karageorgevic. En cuanto a los rumanos, con gran presencia en Transilvania, Bucovina y el Banato oriental, sus miras estaban puestas en la incorporación al vecino Reino de Rumania.

El final de la Monarquía Dual

La entrada en la guerra de Estados Unidos aceleró las tendencias a la disgregación en Austria-Hungría. El famoso programa de *14 Puntos para la Paz* del presidente Wilson, que incluía el derecho a la autodeterminación para las nacionalidades del Imperio Habsburgo, galvanizó a los movimientos nacionalistas. El acuerdo de Pittsburg, firmado poco después por Masaryk con los dirigentes de la comunidad eslovaca de Estados Unidos, fue la base para la creación de un Gobierno provisional de Checoslovaquia, con sede en París.

Asimismo, la Revolución Rusa y el triunfo bolchevique, con su programa de autodeterminación de las nacionalidades, fueron importantes elementos de apoyo de los ideales independentistas de las minorías, al tiempo que hacían alentar al proletariado de Austria-Hungría esperanzas de profundos cambios sociales.

A mediados de octubre de 1918, el líder de los diputados checos en el Consejo de Estado austriaco (Reichsrat), Karel Kramar, exigió en Praga el derecho de autodeterminación de su nacionalidad y la respuesta popular que encontró la demanda convenció a las autoridades vienesas de que la situación se había vuelto insostenible El emperador Carlos, en un último intento por conservar la cohesión del Estado, prometió en un manifiesto, fechado el día 16, el establecimiento de una monarquía federal en Cisleitania –pero no en Transleitania, donde el Gobierno húngaro había vetado la iniciativa– en la cual "cada nacionalidad formará, en su territorio, un Estado autónomo". Pero la propuesta federalista, que una déca-

Derrota turca a manos de los rusos en la frontera meridional de Rusia. Por el sur, los turcos fueron también castigados por tropas coloniales británicas y sus aliados árabes.

da antes hubiera podido ser viable, no lo era ya. El día 27, el Gabinete imperial solicitaba un armisticio a los Aliados. Ello abrió las puertas a la disgregación interior.

Al día siguiente, el Gobierno provisional de Masaryk proclamaba en París la creación de Checoslovaquia, decisión imitada por el Comité Nacional Checo de Praga, que se hizo con el poder apoyado por la movilización popular, y por el Consejo Nacional Eslovaco, que sólo veía viable la independencia respecto de Hungría en el marco de la unión con los checos. Ese mismo día, un Consejo Nacional Rumano de Bucovina acordó la unión de la provincia a Rumania y los polacos del ducado de Teschen (Cieszyn), en la Silesia austriaca, constituyeron su Consejo Nacional, que proclamó la incorporación del enclave a una todavía inexistente República Polaca. Veinticuatro horas después, los dirigentes del Club Polaco del *Reichsrat* formaron en Cracovia una Comisión de Liquidación, auténtico Gobierno provisional que proclamó la secesión de Galitzia, a la espera de que la retirada de los alemanes permitiera la reunificación de Polonia.

Austria y Hungría, mermadas y rotas, se veían enfrentadas al caos interno. En Viena, los diputados alemanes del *Reichsrat*, proclamaron el día 30 un Estado austriaco que pretendía, ya vanamente, englobar a todos los territorios de población germana del Imperio. En Hungría, mientras la agitación social se extendía, el Gabinete nacionalista de Sándor Wekerle fue sustituido el 1 de noviembre por un Comité Nacional, cuya figura principal era el liberal-demócrata conde Karolyi. El Comité proclamó la ruptura del Compromiso de 1867 y la recuperación de la plena soberanía del Estado magiar bajo un sistema democrático. Pero la Transleitania se deshacía. Los eslovacos aceptaban integrar un Estado común con los checos. Los sudeslavos de Croacia-Eslavonia y el Banato se independizaban, dispuestos a integrar un solo Estado con Serbia y Montenegro y para ello formaban un Consejo Nacional en Zagreb. Y los rumanos de Transilvania, tras constituir su Consejo Nacional en Arad, se hacían con el control de la región y no ocultaban su intención de unirse a la Rumania transcarpática.

Austria-Hungría se derrumbó. El 11 de noviembre, al día siguiente de la firma del armisticio con los Aliados, el emperador Carlos renunció "a toda participación en los asuntos de Estado" y abandonaba Viena en dirección a Hungría, mientras un Directorio de tres miembros asumía sus funciones y el *Reichsrat* proclamaba la República de Austria. Cuarenta y ocho horas después, con Hungría a punto de adoptar un régimen republicano, el último emperador Habsburgo partía hacia el exilio, sin abdicar formalmente.

Eclipse otomano

Los gobernantes otomanos habían entrado en la guerra dispuestos a frenar el proceso de disgregación del Imperio y a recuperar su hegemonía en el mundo musulmán. Frente a la debilidad mostrada en el período 1911-13 –guerras contra Italia y contra la Entente Balcánica–, el Ejército turco demostró una considerable capacidad durante la Gran Guerra para resistir, cediendo terreno muy lentamente, a las ofensivas rusas y británicas en varios frentes: el Caúcaso, Palestina y el sur de Mesopotamia. El Estado otomano, sin embargo, no tenía la capacidad técnica y económica necesaria para mantener una larga guerra de desgaste. Además, los turcos eran una minoría en el conjunto del Imperio y la lealtad de los restantes pueblos resultaba más que dudosa. A partir de la primavera de 1917, las condiciones militares cambiaron. La sublevación de las tribus árabes del Hedjaz, dirigidas por el emir Feisal, facilitó el avance británico

El militar y socialista **Josef Pilsudski** dirigió las fuerzas polacas hasta que fue encarcelado por los alemanes.

El **alto mando griego** durante la ofensiva en Asia Menor. En abril de 1919, los griegos desembarcaron en Esmirna y fueron triunfalmente acogidos por la población helena de la zona.

hacia Siria. En Mesopotamia, los turcos perdieron Bagdad y se vieron forzados a replegarse hasta el Kurdistán. (Ver *La Aventura de la Historia*, nº 53, "Irak, tierra codiciada", marzo 2003).

El Gobierno nacionalista del Comité de la unión y el Progreso (los Jóvenes Turcos), presidido por Mehmet Talat, se negaba, sin embargo, a reconocer la inminencia de un colapso bélico. En marzo de 1918, la paz con Rusia no sólo anuló la amenaza en el noreste, sino que permitió a los otomanos recuperar los distritos armenios y ocupar las tierras caucásicas, ricas en petróleo. Pero ese triunfo no servía para ocultar la multiplicación de graves problemas. Las nacionalidades no turcas –árabes, armenios, kurdos– estaban en plena rebelión. Durante el verano, Líbano y el sur de Siria fueron conquistados por los británicos, cuyo ejército de Mesopotamia se aproximó a Mosul. Las escuadras francesa y británica se preparaban para intentar forzar el paso de los Estrechos. Alemania, enfrentada a sus propias carencias, había dejado de ser la fuente de suministros bélicos que precisaba el esfuerzo de guerra de Turquía.

La derrota de Bulgaria fue la gota que colmó el vaso. Ahora, los ejércitos aliados en los Balcanes se encontraban a pocas horas de Estambul, y la defensa de los Estrechos se tornaba imposible. El Gobierno turco inició negociaciones para el armisticio, que se firmó el 30 de octubre a bordo del acorazado británico *Superb*, anclado en la bahía de Mudros. Sus cláusulas suponían la retirada de las tropas otomanas de Siria y de Mesopotamia, la vuelta a puerto de todos los buques de guerra y el control militar aliado sobre los ferrocarriles y las fortificaciones de los Dardanelos y el Bósforo. Formalmente, y a la espera del tratado de paz, el Imperio se mantenía bajo el sultán Mehmet VI, llegado al trono cuatro meses antes. Los Jóvenes Turcos conservaban también el control gubernamental, en manos de otro de sus dirigentes, Ahmed Tevfik Pasha. Pero nada iba ya a ser igual.

Las potencias vencedoras codiciaban el Próximo Oriente otomano, que ya se habían repartido varias veces sobre el papel durante la guerra. No esperaron para distribuir el botín a las conversaciones de paz que debían iniciarse en París. A lo largo del invierno de 1918-19, franceses y británicos ocuparon los principales puertos, incluida Estambul, establecieron guarniciones en la Turquía europea y en Cilicia y asumieron el control de todos los ferrocarriles. Siria, Palestina y Mesopotamia escapaban ya totalmente a la autoridad del sultán y, en el noroeste, la población armenia esperaba la protección aliada para establecer su propio Estado.

En abril de 1919, los italianos empezaron a ocupar su nueva zona de influencia, que abarcaba todo el sureste de Anatolia. Y pocos días después, los griegos desembarcaban en Esmirna y, con autorización del Consejo Supremo Aliado, avanzaban hacia el interior del Asia Menor, triunfalmente acogidos por la numerosa población helena de la zona. Turquía parecía próxima a seguir la suerte de Austria-Hungría.

El estallido del Reich

El Imperio Alemán, que soportaba el peso principal de la guerra en su bando, había agotado sus últimas posibilidades de victoria durante la gran ofensiva de la primavera de 1918. La llegada masiva de tropas norteamericanas a Francia y el éxito de la contraofensiva aliada durante el verano convencieron a los auténticos hombres fuertes del Imperio, los generales Hindenburg y Ludendorff, de que había que buscar una solución negociada antes de que los Aliados tuvieran conciencia de la debilidad de la maquinaria de guerra alemana.

El 29 de septiembre, Ludendoff, jefe del Estado Mayor, aconsejó al káiser Guillermo II la apertura de negociaciones con Washington para lograr un armisticio sobre la base de los 14 puntos de Wilson. El militar exigió, además, la dimisión del impopular Gobierno del canciller Hertling –un mero títere de los militares– y la constitución de otro que reflejase la composición del Parlamento y estuviera, por tanto, legitimado para negociar el fin de las hostilidades. Los altos mandos militares intentaban evitar que la derrota abriera paso a la revolución.

El Káiser se plegó a los deseos de Ludendorff. El anciano Hertling fue sustituido por el príncipe Maximiliano (Max) de Baden, con fama de liberal y pacifista, que se dedicaba a la benéfica tarea de gestionar el intercambio de prisione-

El Imperio Alemán había agotado sus últimas posibilidades de victoria en la gran ofensiva de la primavera de 1918

ros a través de la Cruz Roja. Constituido un Gobierno el 5 de octubre, con participación del ala moderada de los socialdemócratas, el canciller se entregó a una frenética actividad, anunciando una inmediata reforma democratizadora de la Constitución. Su intención era que ello mejorase las condiciones para la negociación del armisticio, que pensaba abordar a continuación. Pero no había tiempo. El 13 de octubre, Ludendorff comunicó al canciller su temor de que el frente occidental se derrumbara en cuestión de horas. Esa misma noche, Berlín informó al presidente Wilson de su deseo de negociar.

Durante las siguientes semanas, las negociaciones avanzaron penosamente. Los norteamericanos y sus aliados exigían la retirada alemana de todos los territorios ocupados, la desmilitarización inmediata del Reich y la deposición de las autoridades que habían dirigido el esfuerzo bélico. Las posibilidades de una paz negociada se difuminaban según se sabía que Bulgaria y Turquía eran obligadas a capitular sin condiciones. Pero la resistencia era inútil y los responsables militares germanos lo sabían: Ludendorff, virtual dictador durante muchos meses, presentó la dimisión a finales de octubre, en desacuerdo con la reforma constitucional anunciada. La capitulación de Austria-Hungría, que abría su territorio a las tropas de la Entente para que penetraran en Alemania desde el sur, fue el golpe de gracia.

El almirante **Miklós Horthy** se convirtió en 1919 en dictador incontestado de Hungría, apoyado por los aristócratas y los terratenientes.

El zar y sus hijos, fotografiados durante su cautiverio en Tobolsk, en la primavera de 1918, que fue la última que vivieron tras la Revolución Bolchevique.

Para entonces, el frente interior comenzaba a resquebrajarse. El triunfo bolchevique en Rusia había animado a la izquierda socialista a impulsar movimientos de protesta contra la guerra, pero la oleada de huelgas desatadas en los grandes centros industriales en enero de 1918 había sido reprimida fácilmente por el Ejército. Sin embargo, una gran mayoría de la población estaba cansada de inútiles sacrificios y, desde comienzos del verano, dejó de creer las promesas de victoria final inminente que aún realizaban los círculos nacionalistas. El 3 de noviembre, los marinos de las bases navales del Báltico, a quienes sus mandos querían enviar a morir en una última batalla "por el honor", se amotinaron, formaron un soviet y tomaron el control de la Flota. Ese mismo día, en muchas ciudades alemanas se iniciaban movilizaciones populares contra la guerra y el emperador, en las que participaban miembros de las Fuerzas Armadas. El 7, la izquierda socialista tomó el poder en Baviera, mediante un auténtico golpe de Estado y estableció en Munich una "República de Consejos". En las 48 horas siguientes, el ejemplo se extendió a otras regiones, donde surgían Consejos de obreros y soldados, dispuestos a sustituir a los gobernantes monárquicos. Mientras tanto, las tropas aliadas se acercaban a la frontera germana.

El Gabinete berlinés estaba ahora dispuesto a terminar la guerra casi a cualquier precio, y sus miembros socialistas presionaban para lograr la abdicación del emperador. Un prestigioso político del Zentrum, Ezberger, encabezó la delegación que el día 7 inició la negociación del armisticio. Pero, 48 horas después, los sindicatos y partidos obreros declararon la huelga general en Berlín y comenzaron las escaramuzas callejeras. El Káiser arrojó la toalla y se refugió en la neutral Holanda.

La hora de la izquierda

Parecía llegada la hora del triunfo de la izquierda. Pero los socialistas estaban divididos. Frente a un ala radical –espartaquistas e independientes, que soñaba con una revolución de tipo bolchevique–, el mayoritario sector moderado deseaba una República parlamentaria, que permitiera un programa de profundas transformaciones. Dispuesto a que el ejemplo de Baviera no cundiese, el líder de la socialdemocracia, Friedricht Ebert, aceptó la Cancillería el día 10 y, tras proclamar la República, convirtió su Gobierno en un Consejo de Comisarios del Pueblo. Tan sólo dos horas después, el espartaquista Karl Liebknecht proclamaba el establecimiento de una Republica socialista, preludiando el enfrentamiento entre las dos corrientes de la socialdemocracia. El 11 de noviembre se firmó el alto el fuego, que imponía a Alemania severas cargas. La Gran Guerra había terminado.

Bombardeo del Palacio Real de Berlín a finales de 1918. La precaria situación de Alemania tras el fin de la guerra acabó conduciendo al auge del nazismo.

La Europa surgida de la Paz de París se construyó sobre las ruinas de los Estados derrotados. Como sucede en toda contienda, donde hay vencedores y vencidos, éstos cargaron con todas las culpas y sufrieron en castigo impuesto por sus dominadores, que no supieron ser generosos en la hora del triunfo. Los tratados individuales que integraron la Paz de París no sólo definieron un nuevo orden internacional. También perpetuaron esa nada sutil división entre vencedores y vencidos, que tanto influyó en la frustración de las expectativas abiertas por la paz y en la acumulación de agravios que desembocaría, bajo circunstancias ciertamente diferentes, en la Segunda Guerra Mundial.

A partir de diciembre de 1918, los viejos Imperios multinacionales dieron paso a entidades estatales de carácter nacional, los llamados "Estados sucesores". Entre ellos, la variedad de situaciones era enorme. Varios –Polonia, Checoslovaquia, las tres repúblicas bálticas, Yugoslavia– nacían de las ruinas de la Monarquía Dual y de la Rusia zarista y pretendían responder al principio wilsoniano de la autodeterminación de las nacionalidades. Pronto se comprobaría, sin embargo, que reproducían dentro de sus fronteras la complejidad étnica y los problemas que habían planteado las minorías nacionales a los viejos imperios. Estos pervivieron, en cierta forma, como Estados sucesores bajo una estructura republicana. Sometidas a grandes pérdidas territoriales, con traumáticos desplazamientos de población y una crisis económica nunca suficientemente remontada y que agravaba el pesado lastre de las reparaciones de guerra, Alemania, Austria, Hungría y Turquía conocieron en los primeros años veinte evoluciones muy distintas. Pero todas estuvieron marcadas por las consecuencias de la derrota bélica y por las tensiones nacionalistas que, más bien antes que después, frustraron las expectativas de democratización abiertas por las revoluciones del otoño de 1918.

El fin del califato

Turquía fue el único de los vencidos que pudo revisar la desastrosa situación en que la dejó el castigo de los vencedores. En un principio, pareció que el sultán Mehmet VI lograría consolidarse en el trono. A diferencia de los otros imperios europeos, en el interior de Turquía la crisis de 1917-18 no desencadenó movimientos revolucionarios que hicieran caer la Monarquía. La aceptación del Tratado de Sévres por el sultán le garantizaba el apoyo de los Aliados a su Gobierno sobre un Imperio reducido a su mínima expresión, sumido en un profundo atraso material y mantenido como una dependencia semi-colonial por franceses, británicos e italianos.

Pero las cosas cambiaron rápidamente. En la primavera de 1919, surgió un movimiento de regeneración nacional en el centro de Anatolia, articulado en torno a la figura de Mustafá Kemal, uno de los más prestigiosos generales del Ejército otomano. Un año después, la Asamblea Nacional, reunida en Ankara, proclamó la República, con Kemal como presidente, y reclamó la reunificación de las tierras habitadas por los turcos. Durante los tres años siguientes, los kemalistas sostuvieron una guerra en múltiples frentes: combatieron a las fuerzas leales al sultán, obligaron a italianos y franceses a evacuar el sur de Anatolia, recuperaron los distritos armenios gracias a un acuerdo con Moscú, derrotaron a los griegos, expulsándoles de las comarcas asiáticas del Egeo y se hicieron con Estambul, sometida hasta entonces a la ocupación aliada. El armisticio de Mudanya (octubre de 1922) y el Tratado de Lausana (julio de 1923) permitieron la consolidación de la soberanía de la nueva Turquía.

Para entonces, del Imperio Otomano no quedaba el menor vestigio. El sultanato desapareció en noviembre de 1922, tras la entrada de los kemalistas en Estambul y la huida de Mehmet VI en un buque inglés. La dinastía imperial pudo mantenerse algún tiempo más en la persona de Abdul-Mejid II, pero sólo bajo el título honorífico y religioso de califa. Finalmente, en marzo de 1924, el califato fue abolido por el régimen republicano, inmerso en una labor de modernización del país que implicaba romper con las tradiciones políticas y culturales otomanas.

Austria y Hungría resurgieron de la derrota en sus actuales fronteras. En ambos casos, las enormes amputaciones territoriales facilitaron la construcción de Estados nacionales, sin los anteriores problemas de irredentismo de las minorías étnicas. En el caso de la "República Alemana de Austria", la tradición parlamentaria permitió una primera etapa de consolidación democrática bajo la presidencia del socialista Karl Renner. Aún así, la República naciente hubo de en-

> La extrema derecha alemana vio en la derrota de 1918 la acción traidora de socialistas, judíos e intelectuales

Los norteamericanos celebran la **rendición alemana** en 1918, reflejada en grandes titulares en los diarios. La contribución de Washington fue decisiva para ese desenlace.

frentarse a la posibilidad de una revolución social como la que se producía en aquellos meses en Alemania y Hungría, y que, como allí, podía llegar de la mano de los Consejos de obreros y soldados, constituidos espontáneamente al producirse el hundimiento de la Monarquía, pero que intentaba controlar la izquierda socialista. El sector mayoritario de los socialdemócratas, partidario de los métodos legales y parlamentarios, suponía una garantía frente a un movimiento bolchevique, y así lo entendieron las fuerzas conservadoras, encabezadas por los socialcristianos, el segundo partido del país. Las elecciones de febrero de 1919 y la Constitución consolidaron un bipartidismo que permitiría más de una década de vida al sistema parlamentario. Pero las dificultades económicas, la permanente agitación social, sobre todo en la capital, llamada "Viena la roja", y la actuación de los grupos pangermanistas defensores de la unión (*anschluss*) con Alemania, terminarían poniendo fin a la experiencia democrática y dando paso a la dictadura socialcristiana del canciller Dollfuss.

Hungría conoció un proceso, en cierta forma, similar al de Rusia, pero que terminó de manera radicalmente distinta. Durante los primeros meses tras el armisticio, el Gobierno republicano y reformista que presidía el conde Mihály Károlyi, apoyado por liberales y socialdemócratas, hubo de convivir con el movimiento de los Consejos de soldados y obreros, cada vez más influido por el recién creado Partido Comunista, dirigido por Bela Kun. Luego, en marzo de 1919, los comunistas y sus aliados de la izquierda socialista se hicieron con el poder a través de la llamada República de los Consejos. Principió entonces una rigurosa experiencia de "dictadura del proletariado", que llevó a la nacionalización de las empresas con más de 20 trabajadores y a la colectivización de la tierra, entre otras medidas. Pero las fuerzas contrarrevolucionarias se organizaron en el sur, con sede en la ciudad de Szeged, mientras los países vecinos se movilizaban contra el peligro de la Hungría bolchevique. Finalmente, en julio, las tropas rumanas invadieron el país y lo ocuparon. Los conservadores de Szeged, aristócratas y terratenientes en su mayoría, retornaron a Budapest y depositaron en poder en manos de un antiguo jefe de la Marina austro-húngara, Miklós Horthy, ahora almirante en un país sin costas, regente de una "Monarquía sin rey" y dictador incontestado al frente de un régimen que se autodefinía como democracia parlamentaria.

La República de Weimar

Finalmente, Alemania vivió parecidas dificultades a las de Austria y Hungría y su recién adquirido régimen democrático aguantó apenas una década. La República de Weimar, como es conocida por la localidad donde se elaboró su Constitución, se desenvolvió en una continua precariedad, fruto tanto de la derrota y el castigo de Versalles como de la creciente polarización de la vida política hacia formulaciones extremistas, que acabaría conduciendo a la dictadura nazi.

Como en Austria, el sistema parlamentario alemán reposó en las dos grandes fuerzas políticas que no se habían visto salpicadas por su implicación en el desencadenamiento de la Gran Guerra: los socialdemócratas y el Zentrum socialcristiano. Como en Hungría, los socialistas de izquierda y los comunistas intentaron en el invierno de 1918-19 hacer triunfar el modelo de revolución bolchevique –levantamiento espartaquista en Berlín y República de los Consejos en Baviera–. Pero, a diferencia del caso magiar, las fuerzas reformistas lograron mantener el control del Estado con una mezcla de medidas represivas y compromisos progresistas y así pudieron superar también el bache económico y político del turbulento 1923.

Para entonces, no obstante, actuaba abiertamente una extrema derecha pangermanista que veía en la derrota de 1918 la acción traidora de fuerzas antinacionales (socialistas, judíos, intelectuales) que habían propinado una "puñalada por la espalda" al todavía poderoso Ejército alemán, poniendo al Reich a los pies de sus enemigos. Cuando este discurso revanchista y xenófobo se encarnó en una opción política de masas, el nacionalsocialismo, la frágil democracia alemana entró en una etapa convulsa y terminal. Pero cuando, en enero de 1933, Adolf Hitler llegó a la Cancillería, fue el equilibrio continental en su conjunto, montado sobre la dualidad vencedores-vencidos, el que se vio sometido a revisión. Y, veinte años después del final de la Gran Guerra, Europa volvió a verse inmersa en la locura bélica. ■

PARA SABER MÁS

Fejtö, F., *Réquiem por un imperio difunto. Historia de la destrucción de Austria-Hungría*, Madrid, Mondadori, 1990.
Fusi, J. P., *Edad contemporánea, 1898-1939, nº 8,* Madrid, Historia 16, 1997.
Gallego, J. A., *Los movimientos revolucionarios europeos, 1917-1921*, Universidad de Sevilla, 1979.
Keynes, J.M., *Las consecuencias económicas de la paz*, Barcelona, Crítica, 2002.
Pereira J. C., (cood.): *Historia de las relaciones internacionales contemporáneas*. Barcelona, 2001.
Zorgbibe, Ch., *Historia de las relaciones Internacionales 1. De la Europa de Bismarck hasta el final de la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Alianza, 1997.